

XXI.

Desde aquel momento la deuda pública no tuvo ya secretos para nadie. Caton hizo entrar en caja todo el dinero que se debía á la república, pero tambien pagó todo lo que la república debía.

Fué causa de gran rumor y mayor admiracion para el pueblo romano, acostumbrado á los sucios negocios de los hombres de dinero, ver á los agiotistas, que creian no tener que volver nunca al tesoro lo que le debian, obligados á abrir la bolsa y soltar hasta el último real, al paso que los ciudadanos que tenían créditos contra el erario, y que creian sus valores perdidos, no habiendo podido enagenarlos ni á mitad de su precio, eran íntegramente pagados.

Se atribuyeron, con justicia, todos aquellos cambios á Caton, y el pueblo, que veia en él el único

hombre honrado de Roma, empezó á manifestarle el mayor respeto.

Pero no fué eso todo.

Quedaban los asesinos de Sila.

Al cabo de quince años de impunidad, aquellos hombres se creian libres de todo ataque y disfrutaban tranquilamente de una fortuna sangrienta y fácil, puesto que muchas cabezas habian sido pagadas hasta á doce mil dracmas, esto es, á dos mil pesos de nuestra moneda. Todos los señalaban con el dedo, pero nadie osaba tocarles.

Caton los citó, unos tras otros, ante los tribunales, como detentadores de caudales públicos y preciso fué que aquellos miserables pagasen á la vez el oro y la sangre.

Despues llegó la conspiracion de Catilina.

Ya hemos dicho el papel que cada uno desempeñó en ella, refiriendo como, despues de haber opinado Silano que debía aplicarse á los conjurados el último suplicio, César pronunció un discurso tan en extremo hábil sobre la necesidad de usar de indulgencia, que Silano se volvió atras, por decirlo así, declarando que por *último suplicio* entendia simplemente el destierro, puesto que ningun ciudadano romano podia ser condenado á muerte.

Aquella debilidad hizo saltar á Caton. Se levantó y se puso á refutar á César.

Su discurso se halla en Salustio, habiendo sido conservado por los estenógrafos de Ciceron.—Digamos de paso que Ciceron fué el que inventó la estenografía, y su secretario Tulio Tito quien regularizó todo el sistema.

A consecuencia de aquel discurso Ciceron se sintió con valor para hacer extrangular á los cómplices de Catilina, y César, temiendo que su indulgencia le hiciese acusar de complicidad con el jefe del complot, se lanzó á la calle y se puso bajo la salvaguardia del pueblo.

Entonces fué cuando estuvo á punto de ser asesinado por los caballeros amigos de Ciceron.

Tambien hemos dicho como Caton neutralizó la popularidad de César, disponiendo hacer una distribución de trigo, cuyo valor ascendia á un millon cuatrocientos mil pesos de nuestra moneda.

Todas las precauciones de César no habian impedido que fuese acusado.

Tres veces se elevaron contra él: la del cuestor Novio Niger, la del tribuno Vettio, y la del senador Curio.

Curio era el que primero habia dado aviso de la conspiracion, nombrando á César como uno de los conjurados.

Vettio iba mas lejos; sostenia que César estaba

ligado á la conjuracion, no solo de palabra, sino tambien por escrito.

César lanzó al pueblo contra sus acusadores.

Novio fué puesto preso por haber tratado de juzgar á un magistrado mas elevado que él; la casa de Vettio fué invadida y saqueada y sus muebles arrojados por las ventanas, habiendo faltado poco para que á él lo hicieran pedazos.

Roma estaba trastornada con aquellos conflictos.

Metelo, que acababa de ser nombrado tribuno, propuso llamar á Pompeyo á Roma para ponerlo al frente de los negocios. Era pedir un nuevo dictador.

César, que conocia la incapacidad de Pompeyo como hombre político, se unió á Metelo. Quizá no sentia crear un precedente.

Caton era el único que podia hacer frente á semejante alianza.

Fué á ver á Metelo y en vez de abordar la cuestion con su brusquedad ordinaria la atacó suavemente, rogando mas bien que exigiendo, mezclando sus súplicas con elogios á la casa de Metelo y recordando que habia sido contada siempre como una de las columnas de la aristocracia.

Metelo creyó que Caton tenia miedo y se obstinó.

Caton se contuvo aún algunos instantes, pero, como la paciencia no era su virtud, estalló de repente y prorumpió en amenazas contra Metelo.

El tribuno vió que era preciso recurrir á la fuerza é hizo venir sus esclavos á Roma, diciendo á César que llamase tambien allí á sus gladiadores.

César, que habia hecho combatir seiscientos cuarenta de esos individuos en tiempo de su edilidad, habia conservado un depósito de ellos en Capua.— Todo gran señor romano tenia en aquella época sus gladiadores; como en la edad media todo conde, duque ó príncipe tenia sus *bravi*.

Ya hemos visto como aquellos efectuaron una revolucion que puso hasta veinte mil hombres á las órdenes de Espartaco.

Despues el Senado habia dado una ley en virtud de la cual nadie podia tener en Roma mas de ciento veinte gladiadores.

Aquella resistencia á Caton se hacía públicamente.

La víspera del día en que debia proponerse la ley llamando á Pompeyo, á pesar de saber perfectamente el peligro que iba á correr al otro día, Caton cenó como de costumbre y durmió con profundo sueño.

Minucio Termo, uno de sus colegas en el tribunal, fué á despertarlo.

Ambos se dirigieron al Forum acompañados únicamente de una docena de personas.

En el camino se les unieron cinco ó seis amigos que iban á advertirles lo que pasaba, á fin de que

estuvieran sobre aviso. Al llegar á la plaza el peligro se hizo visible: el Forum estaba lleno de esclavos armados con palos, y de gladiadores con sus espadas de combate; en lo alto del templo de Castor y Polux estaban sentados Metelo y César; esclavos y gladiadores cubrian las gradas.

Entonces, dirigiéndose á César y á Metelo:

—Sois osados y cobardes á la vez! les gritó Caton, pues contra un hombre desnudo é inerme habeis reunido tantos hombres armados y encorazados!

Despues, encogiéndose de hombros en señal de despreciar el peligro con que habian creído intimidarle, avanzó algunos pasos mas, y mandándoles que le hicieran sitio á él y á los que le seguian, empezó á subir los escalones.

Le hicieron sitio en efecto, pero á él nada mas. No por eso dejó de seguir subiendo.

Llevaba á Termo de la mano, pero antes de llegar al vestíbulo se vió obligado á soltarlo.

Al fin llegó junto á Metelo y César y se sentó entre ambos.

Aquel era el momento, ó nunca, de que utilizaran sus esbirros.

Quizá iban á hacerlo cuando todos aquellos á quienes el valor del cuestor habia llenado de admiracion empezaron á gritarle:

—Firme, Caton, firme! aquí estamos nosotros y te sostendremos.

César y Metelo hicieron señal al ugier de que leyera la ley.

El ugier se levantó é impuso silencio; pero en el momento en que iba á empezar la lectura Caton le arrancó la ley de las manos.

Metelo á su vez se la arrancó á Caton de las suyas.

Caton se la quitó de nuevo á Metelo y la rompió.

Metelo sabia de memoria la ley y se disponia á recitarla en lugar de leerla; pero Termo, que habia llegado junto á Caton, y que sin ser visto se habia colocado detras de Metelo, puso á este una mano sobre la boca y le impidió hablar.

Entonces César y Metelo llaman á los gladiadores y á los esclavos; estos levantan sus palos y aquellos sacan sus espadas.

Los ciudadanos prorumpen en gritos y se dispersan.

César y Metelo se alejan de Caton, que queda aislado y se convierte en una especie de blanco: le tiran piedras á la vez desde el pié de las gradas y desde lo alto del templo.

Murena se lanza hasta él, lo cubre con su toga, lo coge por medio del cuerpo, y lo arrastra dentro

del templo, á pesar de sus esfuerzos para permanecer en el vestíbulo.

Metelo entonces no duda ya del triunfo. Hace seña á los gladiadores de envainar sus espadas y á los esclavos de bajar los palos; y despues, aprovechando la oportunidad de haber quedado solos sus partidarios en el Forum, trata de hacer pasar la ley.

Pero apenas pronuncia las primeras palabras, lo interrumpen gritos de:

—Abajo Metelo! Abajo el tribunal!

Son los amigos de Caton, que vuelven á la carga; es el mismo Caton, que sale del templo; es, en fin, el Senado que, avergonzado de su silencio, se ha reunido y resuelto ir á auxiliar á Caton.

Entonces se verifica una reaccion.

César ha desaparecido prudentemente.

Metelo huye, sale de Roma, páрте para Asia y va á dar cuenta á Pompeyo de lo que ha pasado en el Forum.

Pompeyo recuerda el rígido jóven que fué á visitarlo en Efeso, y murmura:

—No me engañé, es tal como lo habia juzgado.

El Senado, gozoso con la victoria que Caton habia ganado en su obsequio, queria tachar de infamia á Metelo. Caton se opuso y logró que no se hiciese tal injuria á un ciudadano tan distinguido.

Entonces fué cuando César, viendo que nada po-

dia hacer en Roma, se hizo nombrar pretor, y marchó para España.

Ya lo hemos visto regresar de allí y solicitar el consulado.

XXII.

Se hallaban, pues, frente á frente los rivales verdaderamente serios, é iba á empezar la gran lucha entre Pompeyo, que representaba la aristocracia, César, que representaba la democracia, Craso, que representaba la propiedad, Caton, que representaba la ley, y Ciceron, que representaba la palabra.

Como se ve, cada uno tenia su poder.

Ante todo, se trataba de saber si César seria ó no Cónsul.

Tres hombres solicitaban ese cargo con probabilidades de conseguirlo: Luceyo, Bibulo y César.

César habia pagado sus deudas, pero volvia á Roma con las manos casi vacías, y era inútil tratar de ser nombrado cónsul, no pudiendo disponer de cuatrocientos ó seiscientos mil pesos.

Craso le habia prestado un millon en el momento

de su partida: habia creido no tener que molestarse por él y no se lo habia devuelto; así, pues, no podia pedirle nada.

Oh! una vez en posesion de su cargo, todos irian á ofrecerle sus bolsillos.

Pero Craso permanecia prudentemente á la expectativa.

Sin embargo, no le era hostil, como tampoco Pompeyo, y ambos eran los dos hombres de la situacion.

César aprovechó el influjo que tenia sobre ellos para dar un golpe maestro.

Desde el asunto de los gladiadores estaban indispuestos. César los reconcilió, si no sinceramente, al menos de un modo sólido, por medio del interes.

Despues fué á ver á Luceyo.

—Vos teneis dinero, le dijo, y yo influencia. Dadme cuatrocientos mil pesos, y os hago nombrar cónsul.

—¿Estais seguro?

—Respondo de ello.

—Pues mandad á buscarlos á mi casa.

César tuvo deseos de mandarlos á buscar en seguida, temiendo que Luceyo se arrepintiese; pero por pudor esperó á la noche. Una vez llegada esta, envió hombres con canastos á buscar el dinero.

Cuando lo tuvo en su poder hizo llamar á los *intérpretes*. Estos eran agentes de corrupcion encarga-

dos de ajustarse con los individuos que manejaban á la multitud.

—Poneos en campaña, les dijo, dando con el pié en los canastos, que produjeron un ruido metálico. Soy rico, y quiero mostrarme generoso.

Los intérpretes se fueron.

Entretanto, Caton tenía fija la vista en César. Había sabido como se había proporcionado dinero y con qué condiciones se había celebrado el pacto. Había ido á casa de Bibulo y se hallaba allí con todos los que se oponían á la demagogia, cuyo representante era César.

Nombremos los principales conservadores de la época. Eran Hortensio, Ciceron, Pison, Poncio Aquila, Epidio, Marcelo, Cestio, Flavo, el viejo Considio, Varron, Sulpicio, que ya una vez había impedido á César llegar al consulado, y en fin, Lúculo.

Se trataba del triunfo que había alcanzado César en el Forum y en la basílica Fulvia.

Se había presentado allí con toga blanca y sin túnica.

—¿Por qué sales sin túnica á la calle? le había preguntado uno de sus amigos encontrándolo en la vía Regia.

—¿No debo mostrar mis heridas al pueblo? había contestado César.

Catorce años mas tarde era Antonio quien mostraba al pueblo las heridas del dictador.

La noticia que llevaba Caton la sabian ya todos. Las palabras "César tiene dinero" habían caído como un rayo en medio de la asamblea pocos momentos antes.

Poncio Aquila era el que las había pronunciado; sabia la verdad del caso por el divisor de su tribu.

Varron por su parte había anunciado la reconciliación de Pompeyo y Craso.

Aquella doble noticia había sumido en la mayor consternación á los circunstantes.

Desde el momento que César tenía dinero no había modo de oponerse á su elección; pero podían oponerse á la de Luceyo.

Luceyo y César no hacían mas que un solo hombre.

Por el contrario, Bibulo, yerno de Caton, nombrado en lugar de Luceyo, neutralizaría la influencia del demagogo.

Al ver á Caton, todos se agruparon á su alrededor.

—¿Qué hay? le preguntaron por todos lados.

—Hay, contestó Caton, que la profecía de Sila está á punto de cumplirse, y que hay, en efecto, en ese jóven de cinturón flojo, muchos Marios.

—¿Qué hacer entonces?

—La circunstancia es grave; si dejamos llegar al poder á ese antiguo cómplice de Catilina, la República está perdida.

Luego, como si temiese que la pérdida de la República no fuese una causa suficiente para algunos de los que allí se hallaban, añadió:

—Y no solo está perdida la República, sino que vuestros intereses se hallan tambien en peligro: despedidos de vuestras quintas, de vuestros cuadros, de vuestras estatuas, de vuestras piscinas, de vuestros barbos, que alimentais con tanto cuidado, de vuestro dinero y de vuestras riquezas; todo eso está prometido en recompensa al pueblo que vota por él.

Entonces cierto Favonio, amigo de Caton, propuso una acusacion por corrupcion de sufragio. Habia tres leyes sobre el particular; la ley Aufidia, que condenaba al corruptor á pagar todos los años tres mil sestercios á cada tribu; la de Ciceron, que á aquellos tres mil sestercios de multa, repetidos tantas veces como tribus habia en Roma, añadia diez años de destierro, y, en fin, la ley Calpurnia, que imponia el mismo castigo á los que se habian dejado seducir.

Pero el cuestor se opuso á la acusacion.

—Acusar á su adversario, dijo, es confesarse vencido.

El mismo *¿qué hacer?* de antes resonó de nuevo.

—Eh! por Júpiter! exclamó Ciceron, hacer lo que él hace. Si el medio es bueno para él, empleémoslo contra él.

—¿Qué dice Caton? preguntaron tres ó cuatro voces á la vez.

Caton reflexionaba.

—Hacer lo que propone Ciceron, contestó por fin. Filipo de Macedonia no conocia plaza alguna intomable si conseguia hacer entrar en ella un asno cargado de oro. César y Luceyo compran las tribus; ofrezcámosles mas nosotros y serán nuestras.

—El caso es, observó Bibulo, que yo no soy bastante rico para gastar quince ó veinte millones de sestercios en una eleccion; eso queda bueno para César, que no tiene una dracma, pero que dispone del bolsillo de todos los usureros de Roma.

—Sí, contestó Caton; pero nosotros, unidos, llegaremos á ser mas ricos que él. Ademas, si los auxilios particulares no bastaren, recurriremos al tesoro público. Vaya que cada uno diga con lo que contribuye.

Caton dió el ejemplo; pero ni Plinio ni Veleyo dicen la cantidad que produjo aquella suscripcion; parece, sin embargo, que fué bastante considerable, pues Luceyo fracasó en su empresa y Bibulo fué nombrado cónsul al par de César.

Una vez en el poder, César atacó la cuestión de la ley agraria. Todos por turno la habían tocado para renovar su popularidad y habían hallado en ella la muerte.

Digamos en seguida lo que era la ley agraria entre los romanos. Ya se verá que no se parece en nada á lo que nosotros solemos imaginarnos.

XXIII.

El derecho de guerra de la antigüedad, sobre todo en los primeros tiempos de Roma, no dejaba propiedad alguna á los vencidos. El territorio conquistado era dividido en tres partes: la de los dioses, la de la república y la de los conquistadores.

Esta última era la que se repartía á los veteranos y en la que se establecían las colonias.

La parte de los dioses era entregada á los templos y administrada por los sacerdotes.

Quedaba la parte de la república, el *ager publicus*.

Puede calcularse lo que debió ser esa parte de la república, ó *ager publicus*, cuando Roma hubo conquistado toda la Italia, y despues de la Italia la Grecia, la Sicilia, la España, el Africa y el Asia.

Fueron, allá y acullá, inmensas porciones de terreno que permanecieron incultas, vastísimas posesiones que la república no podía vender y sí solo arrendar.

¿Cuál era el espíritu de la ley que solo permitía arrendar esas tierras?

Crear especies de pequeñas granjas para familias agrícolas que harían sudar á aquella rica tierra de Italia dos ó tres cosechas cada año; hacer, en fin, lo que se hace en Francia desde el fraccionamiento de la propiedad; que tres ó cuatro fanegas de terreno puedan alimentar á una familia.

Pero no fué tal el resultado. Eso, como se comprenderá, daba demasiado trabajo á los agentes de la república. Además, ¿cómo pedir propinas por arrendamientos de dos ó tres fanegas y por corto tiempo?

Arrendaron en grandes porciones y por cinco ó diez años.

Los arrendadores por su parte observaron que había una cosa que ocasionaba menos gastos y daba mas utilidad que la agricultura: los pastos. Convinieron las tierras en prados y echaron á pastar en ellos bueyes y carneros. Algunos ni siquiera se cuidaron de hacer crecer yerba y se dedicaron á criar puercos.

Tenían además otra ventaja, y era que para labrar,

sembrar y segar una estension de cuatrocientas fanegas, hubieran necesitado diez caballos y veinte criados, al paso que para guardar cuatro ó seis rebaños tenían bastante con cuatro ó seis esclavos.

Las rentas se pagaban á la república en especie, como se pagan aun hoy en Italia. Dicha renta era de un décimo para las tierras cultivables, de un quinto para los bosques, y de cierto número de cabezas de ganado, segun la clase que debiesen criar, para los pastos.

Al principio se pagaron las rentas tal como estaba estipulado; pero cuando se observó que se ganaba mas con los animales que con la labranza, los arrendadores compraron el trigo, la avena y la leña, y pagaron la renta con los objetos comprados, cosechando ganado en vez de granos.

Poco á poco los arrendamientos de cinco años se cambiaron en otros de diez, los de diez en veinte, y así, de diez en diez años, se llegó hasta arrendamientos enfiteúticos.

Los tribunos del pueblo, que veían á qué abuso daba lugar aquel estado de cosas, habían promulgado en otro tiempo una ley por la cual se prohibía arrendar mas de quinientas fanegas de tierra y poseer mas de cien cabezas de ganado mayor y quinientas de menor.

La misma ley obligaba á los arrendatarios á to-

mar á su servicio cierto número de hombres libres para inspeccionar y vigilar las propiedades.

Pero nada de eso se respetó.

Los cuestores recibieron gratificaciones y cerraron los ojos.

Se hacian á cada paso transacciones fraudulentas y en lugar de quinientas fanegas de tierra se tenían mil, cuatro mil y diez mil, poniéndolas en nombre de varios amigos; en vez de cien cabezas de ganado mayor y quinientas de menor se tuvieron mil y mil quinientas y dos mil respectivamente.

Los vigilantes libres fueron suprimidos so pretexto de haberse ausentado con objeto de sentar plaza en ejército; ¿cuál era el cuestor bastante mal ciudadano que no aprobase semejante desercion, verificada en servicio de la patria?

Se hizo que no se veía la ausencia de los vigilantes, como se habia hecho con todo lo demas.

Los esclavos, que no eran llamados al servicio de las armas, aumentaban prodigiosamente, al paso que la poblacion libre, por el contrario, diezmada de continuo, desaparecia con rapidez; sucediendo que los ciudadanos mas ricos y mas honrados, arrendadores de padres en hijos desde hacia ciento cincuenta años, acabaron por considerarse propietarios de las tierras, que en realidad, y como lo indicaba su nombre, pertenecian á la nacion.

Ahora bien; júzguese qué gritos no darian todos aquellos falsos propietarios cada vez que se trataba como medida de salvacion pública, esto es, por razon mayor, de invalidar los sucesivos arriendos en que descansaban todas sus fortunas..... ¡y qué fortunas!

Los dos Gracos perdieron la vida en la demanda.

Pompeyo habia amenazado ya á Roma con una ley agraria á su vuelta de Asia; representante de la aristocracia, se cuidaba poco del pueblo; tenia toda su esperanza en el ejército, y queria dotar á sus soldados.

Pero, naturalmente, habia hallado un opositor en Ciceron.

El gran orador, el hombre de los términos medios, el Odilon Barrot de su época, habia propuesto que se comprasen nuevas tierras, y no que se dividiesen las existentes; al efecto, debia emplearse el importe de cinco años de las nuevas rentas de la República.

Debemos decir de paso, que Pompeyo habia mas que duplicado las rentas del Estado, haciéndolas subir de cincuenta millones de draemas á ciento treinta y cinco millones, esto es, de unos ocho millones de pesos á veintiun millones y seiscientos mil.

Así, pues, la cantidad propuesta para el indicado objeto, ascendia á sesenta y ocho millones de pesos.

El Senado se habia opuesto á la proposicion de

Pompeyo y pasado á la órden del dia, como se dice en los gobiernos constitucionales.

César llegaba á su vez y volvia á tomar la cuestion en el punto que se habia dejado; pero uniendo los intereses del pueblo á los del ejército.

Aquella nueva pretension causó gran ruido.

Sin duda se temia á la ley agraria, pues habia muchos intereses ligados á los arrendamientos enfitéuticos de que hemos hablado; pero lo que se temia sobre todo, Caton lo dijo bien alto, era la gigantesca popularidad que alcanzaria el que llegara á ponerla en planta..... Y, preciso es decirlo, habia muchas probabilidades de que fuera César el que lo lograra.

Segun parece, la ley de César era la mejor que se hubiese hecho hasta entonces.

Tenemos á la vista la *Historia del Consulado de César*, escrita por Dion Casio, y hé aquí lo que leemos en ella:

“César propuso una ley agraria exenta de todo reproche. Habia entonces una multitud ociosa y hambrienta que era esencial ocupar en los trabajos del campo; ademas, la Italia se hacia cada dia mas desierta, y se trataba de repoblarla.

“César conseguia aquel objeto sin causar perjuicio alguno á la República: dividia el *ager publicus*, y particularmente la Campania, entre los que tenian

tres ó mas hijos; Cápua se convertia en una colonia romana.

“Pero como el *ager publicus* no bastaba, se comprarían tierras á los particulares á precio de censo con el dinero llevado por Pompeyo de la guerra contra Mitridates y que eran veinte mil talentos, (veintiocho millones de pesos); aquel dinero se emplearia en fundar colonias en que tendrian cabida los soldados que habian conquistado el Asia.”

Como se ve, habia muy poco en efecto que decir contra aquella ley, que contentaba á casi todo el mundo, escepto al Senado, el cual temia á César.

Contentaba al pueblo, á quien formaba una magnífica colonia en uno de los sitios mas hermosos y en una de las tierras mas feraces de Italia.

Contentaba á Pompeyo, que hallaba en ella el cumplimiento de su deseo, esto es, la recompensa del ejército.

Contentaba casi á Ciceron, al cual se tomaba el equivalente de su idea.

Pero ya se recordará que se habia hecho nombrar á Bibulo colega de César á fin de que el Senado tuviese en él la encarnacion de una resistencia sistemática. Bibulo se opuso sistemáticamente á la ley.

César no quiso al pronto emplear la fuerza.

Hizo que el pueblo suplicase á Bibulo:

Bibulo permaneció inflexible.

César resolvió coger el toro por las astas, como dice un proverbio moderno, y como sin duda debió decir algun proverbio antiguo. Leyó la ley en pleno Senado, y despues de leerla interpeló alternativamente á los senadores.

Todos aprobaron la ley con la cabeza y la rechazaron con el voto.

Entonces César salió y llamando á Pompeyo:

—Pompeyo, le dijo, conoces mi ley y la apruebas; pero la sostendrás?

—Sí, contestó Pompeyo en alta voz.

—De qué modo? preguntó César.

—Oh! no tengas cuidado, respondió Pompeyo; si alguno la ataca con la espada, yo la sostendré con la espada y el escudo.

César tendió la mano á Pompeyo, y Pompeyo le dió la suya.

El pueblo aplaudió viendo aliarse á los dos vencedores en una cuestión en que estaba él interesado.

En aquel momento salia Craso del Senado, y se fué derecho á Pompeyo, con el cual ya hemos dicho que lo habia reconciliado César.

—Si hay alianza, dijo, entro en ella.

—Bueno, contestó César, unid vuestra mano á las nuestras.

El Senado estaba perdido. Tenia contra él la po-

pularidad—Pompeyo, el genio—César—y el dinero, —Craso.

Desde aquel momento dató el primer triunvirato.

La voz de aquellos tres hombres unidos valia un millon de sufragios.